

# TRADUCCIÓN DE LOS NOMBRES VULGARES DE MARTÍN SARMIENTO A LA NOMENCLATURA LINNEANA

Jesús Izco

Universidade de Santiago de Compostela

DOI: [10.17075/eiems.2024.010](https://doi.org/10.17075/eiems.2024.010)



## INTERÉS DE LOS NOMBRES PARA MARTÍN SARMIENTO

Al fraile le interesaba la nomenclatura vulgar para sus análisis etimológicos y los nombres clásicos, inagotable fuente sobre los usos y virtudes medicinales de las plantas. Además, los nombres vulgares eran para él vehículo de aprendizaje de niños y adultos. Ya en 1730 escribe: «Por este tiempo pensé dedicarme a Etimologías en general, y en especial a las de las voces castellanicas difíciles...» (Santos 2002: 75).

El interés de Sarmiento por los nombres de las plantas no es estrictamente botánico; no es el complemento lógico de la clasificación de la diversidad mediante la incorporación de un nombre al objeto definido, en este caso una especie que permita el entendimiento entre los expertos mediante una nomenclatura precisa e inequívoca. A él le interesa el nombre en sí mismo, sin adherencias; le interesa el porqué clásico de los nombres y su evolución lingüística a lo largo del tiempo, de su etimología; le interesa también el papel de los nombres vulgares en la educación de las gentes del común y el conocimiento de las plantas a través de los nombres clásicos, para conocer los usos medicinales, industriales, agrícolas o de otra naturaleza para su aprovechamiento y progreso económico o estratégico.

La ruptura de la tradición nomenclatural, en particular la nomenclatura linneana, desagrada a Sarmiento, pues la considera arbitraria: «Los nombres latinos *scrofularia*, *saxifraga*, *hepatica*, *pedicularis*, *scabiosa*, *pulmonaria*, *asplenium* [...]. Estos sí que son nombres y no los barbarísimos de los modernos, fingidos, efesios y de ninguna instrucción, pues solo aluden a los apellidos de este o del otro a quien se aduló» (660 *pliegos*, IV, §5276), no exclusivamente por las muestras de amiguismo con la incorporación de la onomástica a la nomenclatura botánica, sino más aún por el desprecio que muestran por los nombres acuñados en la Antigüedad clásica.

Para nuestro autor con hábito religioso «[d]os defectos tiene la nomenclatura de Linneo: primero, el haber desterrado los más de los nombres antiguos; segundo, el imponer nombres barbarísimos que no tienen conexión ni aun remota con el vegetable» (660 *pliegos*, III, §4058). También destaca la ausencia de una función didáctica: «Los nombres de los vegetables deben ser instructivos de algo al punto que se oyen. Así son los nombres antiguos si se penetra su origen y etimología» (660 *pliegos*, III, §4059). Acaba arremetiendo contra los propios expertos en la nomenclatura de las plantas: «Mejor se comunican y se entienden los que no son botanistas con sus nombres vulgares que los botánicos con su jerga y jergonza.

Digo, pues, que esta es una charlatanería insufrible para aterrar a los hombres y que no se dediquen a la botánica» (660 pliegos, III, §4059).

En los manuscritos del benedictino son constantes las reivindicaciones sobre la conveniencia de un vínculo entre el nombre y el objeto nombrado, de manera que el nombre lleve al objeto, que actúa como soporte. Para él los nombres han de seguir los principios planteados en el famoso diálogo de Platón, aunque sea más radical la opción de Crátilo, para quien los nombres reflejan la naturaleza precisa de aquello que nombran. Bien sabemos que eso no es así y que los nombres son meras etiquetas que van asociadas de manera arbitraria a los objetos que las portan, salvo en el caso de los onomatopéyicos. Al respecto, Sarmiento no cae en la cuenta de que todo nombre es independiente del objeto nombrado y de que los nombres clásicos en su momento fueron arbitrarios, aunque ahora estén fijados por el uso. Los nombres que pone como ejemplo de una nomenclatura lógica, basada en un adjetivo que alude a alguna característica propia, son también arbitrarios, pues se podría haber elegido otro no menos significativo, aunque no le falta razón cuando argumenta que tales nombres tienen virtudes mnemotécnicas. Sus propios nombres son ejemplo de arbitrariedad, tanto los previos a vestir el hábito religioso, Pedro José García Balboa, como los recibidos al tomar el hábito, Martín Sarmiento, ya que ninguno hace referencia a alguna de sus cualidades.

El rechazo no se circunscribe a la nomenclatura linneana, sino que forma parte de una posición general contra los hombres de ciencia, a los que considera alejados del conocimiento útil a las necesidades de la sociedad, en especial a los más necesitados. En referencia a su amigo José Quer, al que elogia en otras ocasiones, lo censura porque elude la nomenclatura popular: «Criose entre los que están persuadidos y quieren persuadir a otros que la botánica solo es ciencia de eruditos y de gabinete, y no de la multitud» (660 pliegos, III, §4066), e insiste: «Nunca me he criado ni entre botanistas ni entre facultativos. No estoy descontento, pues de ese modo no se me ha pegado aquel garrafal prejuicio que yo miro como un fantástico error» (660 pliegos, III, §4067).

A Sarmiento no le interesa la botánica, sino la etimología —de «maníaco etimologista» lo califica Pensado (1995)—, y critica, por ejemplo, el nombre *Passiflora*, propuesto por Linneo en su *Species plantarum* (1753): «La flor de la pasión, pasionaria y granadilla son tres voces vulgares de una flor muy conocida y la voz de nueva fábrica, *passiflora* [en alusión al género *Passiflora*, propuesto por

Linneo], ninguno la entenderá» (660 pliegos, III, §4183). Esta consideración de Sarmiento, tan tajante, no está bien planteada en sentido estricto y ya entonces no era cierta por muchos motivos: el primero, por el idioma empleado, incomprendible en lenguas distintas del español, y luego, por la existencia de otras flores de la pasión que atentaban contra la precisión necesaria en términos científicos y prácticos. Hoy se denomina de forma genérica *flor de la pasión* a las más de 350 especies conocidas del género *Passiflora*, y cada una de ellas tiene entidad propia, reconocida por un nombre específico propio. Por otro lado, el nombre botánico del género no ofrece dificultad para identificarlo con *flor de la pasión*, aunque en la mayoría de los casos nada tienen que ver los nombres vulgares con los científicos.

Sarmiento prefiere los nombres vulgares por los valores que asocia a la cultura popular y considera imprescindible que los botánicos conozcan esa parte de la ciencia botánica para incorporarla a su trabajo investigador o docente: «Digo que el que ha de ser maestro de Botánica en el Real Jardín ha de saber todos los nombres vulgares que en España tienen los vegetables, y qué nombres latinos les corresponden en los autores» (660 pliegos, III, §4063). Vista su defensa de la cultura popular, expresada concretamente en los nombres vulgares de las plantas, descubre su apasionado interés por conservar unos conocimientos que percibía que se disipaban frente al avance de una ciencia cada vez más descarnada, proceso que no ha hecho sino acelerarse desde entonces. En realidad, Sarmiento fue un adelantado a su tiempo en la defensa de la nomenclatura vulgar como expresión de las distintas culturas que reflejan los nombres comunes, incluso los de una misma especie en distintos idiomas. Por esta razón, no se puede juzgar con dureza su interés por lo que podríamos calificar de *botánica popular* o *botánica vulgar*, la conservación de los conocimientos ancestrales.

El interés de Sarmiento por proteger los conocimientos lingüísticos o aplicados de los rústicos, como él llama a las gentes del común, forma hoy parte de una rama particular conocida con el nombre de etnobotánica, término acuñado por el botánico norteamericano John William Harshberger (1896) y que tiene ahora un sólido cuerpo doctrinal. La etnobotánica, tal como se acepta hoy, vincula el conocimiento botánico y el antropológico, entendido este último en un sentido amplio, donde tienen cabida la medicina, farmacología, ecología, arqueología, geografía, agricultura, pastoralismo, etc. Este era el proyecto de Sarmiento.

## TRABAJO DE RECOPIACIÓN DE NOMBRES SOBRE EL TERRENO

La tarea recopiladora de nombres vulgares gallegos de plantas la formula Sarmiento tras un análisis detallado del problema y la propuesta de un modelo metodológico, sin duda muy adelantados a su tiempo. Esto es así, primero, porque tal empresa era novedosa en el siglo XVIII, al menos en su condición monográfica, y segundo, porque diseña una plantilla con información paralela asociada a la recolección de los nombres que se parece más a los diseños modernos que a lo que se practicaba en su tiempo.

En principio, el interés de Sarmiento por las voces vulgares que emplean las gentes del común para nombrar las plantas fue filológico, sin una planificación precisa y sin objetivos concretos, al menos en lo que a las voces gallegas se refiere: «El año de 1730 escribí sobre las etimologías de las voces castellanas, sin pensar en las etimologías de las voces gallegas, hasta 1745», según indica Santos (2002: 76-77), aunque sean sus aportaciones en este segundo ámbito las que presentan más interés y sobre las que se centra esta aportación. La recopilación comienza con motivo de su viaje de Madrid a Pontevedra: «Con esa ocasión me aficioné infinito [...] a la lengua gallega, y a averiguar el origen y etimología de cada voz gallega, reduciéndola al latín [...]. Apunté todos los lugares por donde pasaba, y todas las inscripciones con que tropezaba. También apunté todos los vegetales que veía con sus nombres gallegos de frutos y frutas [...]» (Santos 2002: 76).

El fraile seguía un método muy lógico y ordenado: «El método que tuve para los vegetales es el siguiente. Así que yo veía una planta que no era de las comunísimas, o con flor y con fruto, o con uno y otro, la arrancaba por mí mismo, enseñábala a éste o a ésta, preguntaba por el nombre gallego» (Pensado 1986: 23). Si conseguía el nombre gallego de la planta añadía el nombre botánico o trataba de identificarla más tarde con las floras que manejaba. El fraile se refiere al nombre botánico como el «nombre de los libros». Anotaba también el nombre de la localidad, la fecha de la recolección y un número de referencia, tal como se hace hoy en día. En cuanto a los informantes —así los llamamos ahora—, puso especial cuidado en que no estuviesen «contaminados» por los conocimientos académicos —cosa que también se practica hoy—: «[H]ice estudio particular de no preguntar cosa alguna a los de la familia hipocrática, pues me hubiera llenado esta cabeza de necedades garrafales» (660 *pliegos*, III, §4187), e insiste

en el mismo sentido: «Para asegurar, pues, el acierto, solo preguntaba a viejos y viejas, a rústicos y rústicas, y a niños y niñas de las aldeas más retiradas a donde no llegan los hipocráticos y en donde se conservan las verdaderas voces vulgares por una constante e inmemorial tradición» (660 *pliegos*, III, §4188).

Es esta una de sus precauciones principales para que los nombres vulgares, en este caso los gallegos, conecten con la Antigüedad clásica y que las voces sean genuinamente gallegas, sin modificaciones o adherencias de lenguas ajenas, sobre todo de los nombres alterados por el academicismo botánico, en ocasiones con errores lingüísticos.

El método de recopilación de nombres vulgares seguido por Martín Sarmiento tiene evidentes aciertos: la selección de los informantes —pues un mal informante no lo es por no dar información, sino por darla errónea—, la precisión geográfica de la voz y la identificación de la planta entera —de la que recolectaba una muestra—, pues para la gente de campo —también para los expertos— esa forma entera facilita el reconocimiento de la planta mejor que una parte de ella, más aún si se ha deformado por el proceso de secado y aplanamiento. Al detallado y preciso proceso de análisis del benedictino le faltaba solo el uso de sistemas de transcripción modernos, que le habrían ayudado a transcribir una fonética más precisa, como se hace hoy en día en este campo.

En total, los nombres listados por Sarmiento sobrepasan los 2500, y la mayoría son nombres gallegos, aunque algunos son castellanos. En cuanto al origen, las plantas son casi todas españolas, junto a unas pocas cultivadas procedentes de distintos países. La cifra total de nombres es pequeña, sobre todo si se compara con las 86 203 denominaciones —correspondientes a 5278 taxones vegetales, de ellos 4250 especies— recopiladas a partir de un centenar largo de fuentes botánicas reseñadas en el trabajo de Álvarez (2006). Del total de nombres registrados en el contexto ibérico más las islas Baleares, el 7,8 % corresponde a nombres gallegos y el 10,3 % a portugueses. No obstante, su recopilación se adelantó más de un siglo a la siguiente información sobre voces vulgares gallegas, entre las que destacan las aportaciones de otro gallego, Miguel Colmeiro y Penido (1885-1889). Hoy, aparte de las aportaciones citadas, disponemos de la *Flora iberica* (Castroviejo 1986-2012) para averiguar los nombres vulgares gallegos de las plantas autóctonas y de las naturalizadas en nuestro país, excepto las islas Canarias, así como del Portugal continental.

La recopilación de Sarmiento podría haber sido más amplia y su análisis de los vocablos más profundo si hubiese dispuesto de más tiempo: «No pasó ese mi estudio de una pura diversión. Y si hubiese vivido en Galicia una media docena de años, hubiera recogido selectos materiales para formar un tomo en folio de la historia natural y botánica de Galicia» (660 pliegos, III, §4239). En efecto, una investigación como la emprendida por fray Martín requiere mucho tiempo, en especial en un territorio como Galicia, muy diverso en ambientes naturales, a lo que se une la variable tipología climática, lo que determina una flora con orígenes muy diferentes y gentes de diversa procedencia. Esta diversidad ya fue captada por Sarmiento: «No me aterraba el que un mismo vegetable tuviese muchos y diferentes nombres vulgares, según la diversidad de países de Galicia. [...] En Galicia, a dos o tres leguas de distancia de un lugar a otro, ya muchos mixtos tienen nombres diferentes» (660 pliegos, III, §4312). Estas diferencias estimulaban su pasión por la lengua, sin duda mucho mayor que por la geografía y la botánica, y ante tanto nombre «gustaba de oírlos todos, por si en alguno descubriría vestigios de la Antigüedad» (660 pliegos, III, §4312).

## NOMENCLATURA VULGAR VS. NOMENCLATURA CIENTÍFICA

La nomenclatura, esto es, la aplicación de nombres a las cosas, tiene dos campos de acción, el vulgar y el científico, pero no con las mismas características y objetivos, al menos no en el mismo grado. La nomenclatura científica aspira a un ámbito universal, lo que implica un idioma común, un sistema gráfico y vocálico compartido; aspira también a la precisión máxima, de manera que no quede duda sobre el significado de lo dicho o escrito. Es un sistema basado en la monosemia —la asignación de un solo concepto a un solo término— y, a la vez, tiene como principio irrenunciable la mononimia —la asignación de un término a un solo concepto—. Por su parte, la nomenclatura vulgar tiene ámbito de uso local y está sujeta a un código de comunicación oral o escrito restringido, propio de una comunidad cultural concreta y limitada. Además, carece de los caracteres de precisión que inspiran la nomenclatura científica, al menos sin el mismo rigor y pretensiones, y adolece del fenómeno de la polisemia, por el cual un mismo término tiene distintos significados, así como también del fenómeno



de la sinonimia, por el que el mismo concepto se expresa y escribe de distintas maneras (Izco 2007).

Es cierto que la nomenclatura científica también sufre los males derivados de la polisemia y de la sinonimia, aunque en proporciones muchísimo más bajas y, sobre todo, tiende a evitarlos o corregirlos mediante reglas acordadas en congresos sucesivos. Las últimas, redactadas por Turland / Wiersema *et al.* (2018) en un congreso celebrado en Shenzhen (China), contienen un largo articulado con numerosos ejemplos en cada caso, glosarios, índices y otros apartados, hasta sumar 322 páginas. De acuerdo con los sucesivos códigos de nomenclatura botánica, aunque un taxón tenga numerosos nombres, «cada grupo taxonómico con circunscripción, posición y rango particulares puede llevar solo un nombre correcto, el más antiguo que esté de acuerdo con las reglas, excepto en casos determinados» (Principio IV).

Sarmiento tiene muy presente la coexistencia de dos nomenclaturas: «Dos nomenclaturas hay, como ya dije, de los mixtos naturales. Una casi infinita, y es la que anda en los libros, y otra comprensible, y es la que se conserva de viva voz en los pueblos de una nación o en alguna de sus provincias» (660 pliegos, III, §4228). Aparte del tratamiento que da a una y otra en esta frase, en la que descalifica a la primera al tildarla como infinita y exalta a la segunda al calificarla de comprensible, en mi opinión, no tiene clara la relación entre ambas o la prioridad entre ellas para la comunicación, incluso para la comunicación entre el vulgo, pues los nombres vulgares de una misma planta varían entre una misma comunidad cultural y dentro de un pequeño territorio. Por si fuese poco, banaliza la nomenclatura científica y la subordina a la vulgar: «[R]einan hoy los nombres barbarísimos de estudio, para que el conocimiento de los mixtos no se trasluzca a los vulgares. Así pues, ese conocimiento debe comenzar por la nomenclatura vulgar, y que los eruditos se diviertan con la nomenclatura de los libros» (660 pliegos, III, §4228). Frente a estas dos esferas, independientes, Sarmiento considera la posibilidad del paso de una a otra, siempre que sea desde la nomenclatura vulgar a la científica, aunque son innumerables sus quejas relacionadas con las distorsiones y efectos perniciosos que se derivan de tales pasos, sobre todo por las consecuencias para la instrucción del vulgo o el aprovechamiento de las plantas; en otros términos, la controversia entre los nombres de los libros —como dice el benedictino— y los vulgares.

En el fondo se trata de la relación entre dos sistemas, en la que uno ha de ser la referencia y otro su satélite, sin que exista duda sobre cuál es el papel que juega cada uno. Al respecto, la cuestión medular que plantea Sarmiento entre la nomenclatura científica y la vulgar se resume en la dirección equivocada que propone para conectar una con otra: «No desprecio los libros, pero esos se han de consultar después. No se ha de pasar de los libros al campo, montes y valles de España, sino de estos a los libros. Tampoco se ha de pasar de los nombres de los libros a los nombres vulgares, sino al contrario, de los vulgares a los de los libros, para saber la historia y virtudes y para hablar un poquillo de sistemas y de nomenclaturas nuevas y disparatadas, que echaron a perder la botánica verdadera» (660 *pliegos*, III, §4207).

Para él es prioritario el saber de los rústicos, pues proviene de la relación directa con la naturaleza y su aprovechamiento, el conocimiento está al servicio de las necesidades de las gentes del campo y los nombres sirven a intereses directos del vulgo o, si el fraile se pone a soñar, de la industria, no al servicio de la ciencia botánica de las plantas, de su sistematización y de su nomenclatura:

Los autores de los diccionarios se han fiado ciegamente en los escritores de botánica y de historia natural. Estos huyeron de los nombres vulgares poco comunes y solo se engolfaron en el inmenso océano de la nomenclatura latina o alatinada en el cual no se puede hacer pie fijo para la fija correspondencia de los nombres latinos con los vulgares. Sin asentar esta fija correspondencia, toda la botánica de los libros no sirve para saber la botánica del campo en tal o tal país de España. Primero se debe saber la botánica de tal país y con sus nombres vulgares y después se podrán consultar los libros. (660 *pliegos*, III, §4300)

Aquí está la base de cómo entiende Sarmiento la botánica, la nomenclatura de las plantas y las consecuencias que se derivan de su planteamiento. Como dije al principio, primero está el objeto, luego su individualización y, por último, el nombre, de manera que no hay posibilidad de transferencia directa entre los nombres vulgares y botánicos; la única vía segura es a través de las plantas: será posible el paso entre nombres científicos y vulgares si ambos se adjudican a la misma planta. Así es posible hacer pie en el océano de la nomenclatura sin importar la lengua usada ni el país donde se usa este o aquel nombre vulgar. Este es el procedimiento garantista para no caer en el error; sin olvidar, claro está, los

problemas inherentes a la nomenclatura científica. Una historia de la nomenclatura botánica y su funcionamiento, así como los problemas de la fijación de la nomenclatura vulgar, ha sido didácticamente expuesta por Mathieu *et al.* (2015).

Una muestra del resbaloso sustrato que constituyen los nombres vulgares a la hora de establecer identidades botánicas se revela en las distintas identidades de la planta llamada *carqueixa*, sobre la que Sarmiento (1786) publicó un análisis de sus virtudes en el que no menciona otras plantas con ese nombre. La *carqueixa* es una planta perteneciente a la familia de las leguminosas, conocida también en gallego con otros nombres (*carquesia* y *lavacuncas*) y en español *carqueja*, nombres aplicados también a la especie *Pterospartum tridentatum* (L.) Willk., un arbusto de hasta cien centímetros de alto, con tallos provistos de cinco o seis alas, de las cuales dos son más anchas que las otras y adoptan una posición que parece opuesta, cada una con tres dientes en su extremo (*tridentatum*); tiene flores al final de los tallos, de tipo papilionáceo, con pétalos amarillos; y se encuentra distribuida por buena parte de la península ibérica y norte de Marruecos (Talavera 1999).

Sin embargo, en sus pliegos manuscritos Sarmiento menciona el trabajo de otro religioso sobre esta planta: «La carqueja (o *carqueixa*) se da mucha por la parte del Chaco que mira a las serranías, con admirable eficacia para curar llagas y cerrar heridas. Hay de ella varias especies» (660 pliegos, III, §4246). Sobre el mismo asunto añade: «Ayer tarde estuvo conmigo el caballero don Francisco Arguedas, limeño, y que peregrinó mucho por el Paraguay. Hablando de la *carqueixa* me certificó que en el país del Potosí, ciento y tantas leguas del país del Chaco, había mucha carqueja y que hacia el Potosí era común curar los costados con la *carqueixa*» (660 pliegos, III, §4260), donde la referencia al remedio para el costado es parte de su propia experiencia.

No existe tal identidad entre la llamada carqueja en España y la de América del Sur, pues la americana se identifica con la *Baccharis trimera* (Less) DC, una especie de hasta medio metro de altura, pilosa, con tallos trialados, de inflorescencias terminales con dos a cuatro capítulos, con flores de pétalos blancos, perteneciente a la familia de las asteráceas o compuestas y distribuida por el sur de Brasil, Bolivia, Uruguay, Paraguay y centro y norte de Argentina, área donde recibe una quincena de nombres (Plos 2014). Además, las propiedades de ambas especies son completamente diferentes, como ya indica Sarmiento.

## SIGNIFICADO CIENTÍFICO DE LOS NOMBRES MARTINIANOS. DEL DICHO AL HECHO

El paso de los nombres vulgares a nombres científicos supone un gran riesgo de error, como se ha visto en el ejemplo anterior. No sería un problema la identidad botánica de los nombres consignados por Sarmiento si estuvieran disponibles las plantas que se mostraron a los paisanos para su nominación vulgar. Todas aquellas plantas debieron formar un notable herbario, como indica el propio fraile: «Traje a Madrid tres baúles llenos de vegetales y de mixtos de la Historia Natural» (Pensado 1986: 23), pero no hay noticia sobre esa colección (Izco 1995).

En estos momentos contamos con muy buena base de la nomenclatura vernácula de la península ibérica y de las islas Baleares en los distintos idiomas nacionales, básicamente la relación de Morales (1992) y la de Morales *et al.* (1996) utilizadas en *Flora iberica*, así como la más reciente recopilación de Álvarez (2006), que nos permiten explorar la correspondencia de los nombres vulgares con el nombre científico de las especies a las que se aplica. La *Flora de Galicia* (Merino 1905-1909) no está incluida en la revisión de nombres vulgares de Álvarez (2006), aunque el jesuita burgalés indica algunos.

| Nombre               | Sp. |   |   |   |   |   |   |   |   |    |    |    |    |
|----------------------|-----|---|---|---|---|---|---|---|---|----|----|----|----|
|                      | 1   | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 | 8 | 9 | 10 | 11 | 12 | 13 |
| bañiza               | +   |   |   |   |   |   |   |   |   |    |    |    |    |
| barba do -<br>barcia | +   |   |   |   |   |   |   |   |   |    |    |    |    |
| beriza               |     |   |   |   |   |   |   |   |   |    |    |    | +  |
| braña                |     |   |   |   |   |   |   |   |   |    |    |    | +  |
| breixo               |     |   |   |   |   |   |   |   | + |    |    |    |    |
| bugallón             |     |   |   |   |   |   |   |   |   | +  |    |    |    |
| carrasca             | +   |   |   |   |   | + |   |   |   |    |    | +  | +  |
| carascina            |     |   |   |   | + | + |   |   |   |    |    |    |    |
| careixón             |     |   |   |   |   |   |   |   | + |    |    |    |    |
| carpaza              | +   | + |   |   | + | + |   |   |   | +  | +  |    | +  |
| carrascina           |     |   |   |   | + |   |   |   |   |    |    |    |    |
| carrasco             |     |   |   |   | + |   |   |   |   |    | +  |    |    |
| carrizo              | +   |   |   |   |   |   |   |   |   |    |    |    |    |
| carroucha            | +   |   | + |   | + | + |   |   |   | +  | +  |    | +  |
| chiotas              | +   |   |   |   |   |   |   |   |   |    |    |    |    |
| cola                 | +   |   |   |   |   |   |   |   |   |    |    |    |    |

| Nombre     | Sp. |   |   |   |   |   |   |   |   |    |    |    |    |
|------------|-----|---|---|---|---|---|---|---|---|----|----|----|----|
|            | 1   | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 | 8 | 9 | 10 | 11 | 12 | 13 |
| corgo      |     |   |   | + |   |   |   |   |   |    |    |    |    |
| coza       |     |   |   | + |   |   |   |   |   |    |    |    |    |
| cubilón    |     | + |   |   |   |   |   |   |   |    |    |    |    |
| fopa       |     |   |   |   |   |   |   |   |   |    | +  |    |    |
| foupa      |     |   |   |   |   |   |   |   |   |    | +  |    |    |
| garrocha   |     |   |   | + |   |   |   |   |   |    |    |    |    |
| gaucella   | +   |   |   |   |   |   |   |   |   |    |    |    |    |
| gorveza    | +   |   |   |   |   |   |   |   |   |    |    |    |    |
| melga      | +   |   |   |   |   |   |   |   |   |    |    |    |    |
| nicha      |     |   |   |   |   |   |   |   |   |    |    |    | +  |
| orceira    |     |   | + |   |   |   |   |   |   |    |    |    |    |
| queiroa    | +   | + |   |   | + | + | + | + | + | +  | +  | +  | +  |
| quiroga    | +   |   |   |   |   |   |   |   |   |    |    |    | +  |
| quiruga    | +   |   |   |   |   |   |   |   |   |    |    |    |    |
| raña       | +   |   |   |   |   |   |   |   |   |    |    |    |    |
| setembrina |     |   |   |   |   | + |   |   |   |    |    |    |    |
| tamborela  |     | + |   |   |   |   |   |   |   |    |    |    |    |
| torbo      | +   |   |   |   |   |   |   |   |   |    |    |    |    |
| torga      | +   |   |   |   |   |   |   |   | + |    |    |    | +  |
| tuérgano   | +   |   |   |   |   |   |   |   |   |    |    | +  |    |
| uceira     |     |   | + | + |   |   |   |   |   |    |    |    |    |
| urce       | +   |   |   | + |   |   |   |   |   |    |    |    |    |
| urgeira    |     |   |   | + |   |   |   |   |   |    |    |    |    |
| urrigata   |     |   | + | + |   |   |   |   |   |    |    |    |    |
| urz        |     |   |   |   |   |   |   |   |   |    |    |    | +  |
| urze       | +   |   |   |   |   |   |   |   |   |    |    |    | +  |
| uz         | +   |   | + | + | + |   |   |   | + |    | +  |    |    |
| uza        |     |   | + |   |   |   |   |   |   |    |    |    |    |

Tabla 1. Nombres vulgares gallegos de especies de ericáceas de fruto seco (*Daboecia*, *Calluna* y *Erica*) presentes en Galicia.

Especies. 1: *Calluna vulgaris*, 2: *Daboecia cantabrica*, 3: *Erica arborea*, 4: *E. australis*, 5: *E. ciliaris*, 6: *E. cinerea*, 7: *E. erigena*, 8: *E. mackaiana*, 9: *E. scoparia*, 10: *E. tetralix*, 11: *E. umbellata*, 12: *E. vagans*, 13: Especie indeterminada. Se acumulan los nombres en masculino y femenino, en singular y plural, con b y con v. No se indica si van acompañados de otros términos (*queiruga maior*, *carqueixa de boi*, etc.). Se asocian los nombres que poseen en común las cuatro primeras letras: *carpaceira*, *carpaza*, *carpazo*, *carpanza*; *carroncha*, *carroucha*; *queiroa*, *queiroga*, *queirota*, *queiruga*; *torga*, *torgueira*; *urce*, *urceira*. No se han incluido los nombres vulgares que repiten nombres científicos, *Daboecia*, p. ej. Fuente de especies: Villar 1993 (*Calluna*), Gómez 1993 (*Daboecia*), Bayer 1993 (*Erica*). Fuente de nombres vulgares: Álvarez 2006.

A título de ejemplo he aplicado el procedimiento a una serie de nombres vulgares de grupos botánicos bien representados en Galicia, con un importante papel en la configuración de los paisajes y aprovechamientos varios, desde el ganadero al medicinal, en concreto las ericáceas de fruto seco (*Calluna vulgaris*, *Daboecia cantabrica* y *Erica sp. pl.*) y las cistáceas (géneros *Cistus* y *Halimium*).

El número de voces vulgares gallegas de ericáceas de fruto seco que viven en el país (*Calluna vulgaris*, *Daboecia cantabrica*, *Erica sp. pl.*) sobrepasa el medio centenar si se contabilizan los nombres compuestos. Tal cúmulo de nombres para una docena de especies supone una enorme diversificación en un territorio de 30 000 quilómetros cuadrados y refleja la enorme diversidad lingüística, basada, sin duda, en visiones particulares de los hombres del campo de espacios con condiciones ambientales muy diferentes y en influencias lingüísticas varias. A esos nombres habría que añadir los correspondientes nombres de Portugal.

Algunos nombres son únicos entre las ericáceas gallegas y no se repiten en otras especies: *bañiza*, *chiotas*, *gaucella*, *torbo* (*Calluna vulgaris*), *cubilón* (*Daboecia cantabrica*), *braña* (*Erica*), *breixo* (*E. scoparia*), *carascina* (*E. cinerea*), *corgo*, *garrocha*, *urgeira* (*E. australis*), *fopa*, *foupa* (*E. umbellata*), *garroucha* (*E. australis*), *orceira* (*E. arborea*). Sería interesante indagar el origen de estos nombres vulgares, así como los más repetidos, de los cuales *tamborela*, aplicado a la *Daboecia cantabrica*, se justifica por la forma de tambor ventrudo de sus flores (tabla 1).

Otros nombres presentan graves problemas a la hora de adjudicarlos a especies concretas, el mayor de todos por fenómenos de polisemia, especialmente para los cuatro grupos de nombres más frecuentes. *Carpaza*, junto con sus nombres asociados, es el más repetido entre los nombres vulgares de las ericáceas con flor urceolada, pues es el nombre común de *Calluna vulgaris*, *Daboecia cantabrica*, *Erica ciliaris*, *E. cinerea*, *E. tetralix* y *E. umbellata* (tabla 1). Lo es también de diversos arbustos de la familia de las cistáceas (véase más adelante) y de otras muchas plantas, en total 34 especies, pertenecientes a diferentes familias, entre ellas: *Verbascum pulverulentum* (verbascáceas), *Chamaespartium* (*Pterospartum*) *tridentatum* (leguminosas), *Lithodora prostrata* (boragináceas) y diversas especies de *Rumex* (poligonáceas) (Álvarez 2006). No es posible seguir los procesos de nominación populares con esas plantas para aplicarles el mismo nombre, o al menos no encuentro razón que pueda establecer un nexo común para acabar en un mismo nombre vulgar, pero eso no invalida la nomenclatura aplicada por las

gentes del común; es así porque así lo han decidido, o ni siquiera eso, porque así lo practican, sin más. Sobre este asunto, Sarmiento ya es consciente de este cruce de nombres con plantas de la familia de las cistáceas —y de otras familias, como se indica luego— y puntualiza que *carpaça* aplicado a las ericáceas es una confusión.

El nombre *carroncha* es compartido por seis especies (*Calluna vulgaris*, *Erica arborea*, *E. ciliaris*, *E. cinerea*, *E. scoparia* y *E. tetralix*), nombre que se extiende a las cistáceas *Cistus psilosepalus* y *Halimium lasianthum* subsp. *alyssoides*. *Queiruga* y los nombres relacionados con este étimo se aplican a nueve de las doce especies de ericáceas gallegas (*Calluna vulgaris*, *Daboecia cantabrica*, *Erica ciliaris*, *E. cinerea*, *E. erigena*, *E. mackaiana*, *E. scoparia*, *E. tetralix* y *E. umbellata*, más la adscripción a especies indeterminadas de la familia). *Uz* es común a siete especies de la familia recién citada (*Calluna vulgaris*, *Erica arborea*, *E. australis*, *E. ciliaris*, *E. mackaiana*, *E. umbellata* y *E. vagans*), sin que otros nombres relacionados con ese étimo (*urce*, *urceira*, *urgeira*, *urrigata*, *urz*, *urze*, *uza*) añadan nuevas especies.

No ha recibido la atención que merece la etimología de las voces gallegas relacionadas con los nombres vernáculos de las plantas, que son un sinnúmero y de una gran variedad, derivada de la diversidad lingüística del espacio y de sus distintas influencias. Sin salir del marco botánico de este artículo, en la transcripción de Pensado (1999) Sarmiento escribe: «Hablando Plinio (libro 24, cap. 9) de la *erica* dice así: [...] los griegos llaman *erice* a una planta no muy diferente del taray, de color de romero y casi semejante en la hoja», según una traducción de Huerta (Sarmiento 1999: §312). Está asentada esta etimología de *erica*, pero surgen graves problemas cuando se consideran las semejanzas botánicas que incluye el texto de Sarmiento. Es necesario establecer, en primer lugar, qué significa botánicamente *erice* —si hace referencia a una planta concreta o es un nombre colectivo que abarca distintas especies— y, luego, si hay alguna vinculación con el género *Erica* propuesto por Linneo y tal como lo aceptamos hoy. Linneo describió el género *Erica* en su *Species plantarum* (1753), incluida la especie *Erica vulgaris*, aunque medio siglo después John Hull consideró que los caracteres de esta planta diferían sustancialmente del resto de especies de *Erica* y describió un género nuevo para ella, *Calluna vulgaris* (L.) Hull, con las correspondientes modificaciones en la autoría, según se estipula en la nomenclatura botánica.

En nada se parecen las especies de *Erica* europeas —tampoco la *Calluna vulgaris*— con los tarayes, nombre que reciben las especies del género *Tamarix*. Las especies de este género son arbolillos de hojas lineares, de menos de cinco milímetros e imbricadas, carácter que constituye el único parecido con los brezos, pero en nada se semejan los tarayes por el hábito, las flores o su ecología a las especies de *Erica sp. pl.* Las gentes del común distinguen bien entre los brezos y las especies del género *Tamarix*, que en gallego se conocen como *tamarís*, *tamariz* o *tarai*, sin cruce alguno con los nombres de las ericáceas gallegas. Respecto a la frase pliniana y transcrita por Sarmiento «la *erica* es parecida al romero», tampoco es válida en cuanto al porte ni en cuanto al color de las flores, azuladas o blanquecinas. Las interpretaciones erróneas aumentan al indicar Plinio el romero como semejante a los urces. En nada se parecen uno y otros; el romero es una planta olorosa, de hábito mayor y diferente, posee hojas lineares largas (1-4 cm) y flores de pétalos soldados entre sí que forman una típica corona bilabiada, de color blanco violáceo. Estas afirmaciones no se deben interpretar como una descalificación de Plinio; simplemente no sabemos qué planta recibía el nombre de *erica* y, por tanto, sus parecidos. Con estos argumentos no es posible asumir la secuencia del benedictino: «De este modo, el *vlex*, según Plinio, era parecido al romero, La *erica* es parecida al romero, según Plinio; luego según Plinio, el *vlex* era parecido a la *erica* o era la misma planta» (Sarmiento 1999: §312).

Mucho más arriesgado es establecer comparaciones cruzadas a partir de los nombres vulgares para establecer identidades entre especies, como realiza Sarmiento con base en el étimo *uz* y sus asociados: *uze*, *uce*, *urce* y *uceira*, de nuevo siguiendo a Plinio. En este caso argumenta Sarmiento: «De *vlex*, sería en genitivo *vlicis* [...]. De *vlice* siendo la V, vocal U se hizo *ulice*, y mudada la L en R, y suprimida la I, resultó, *urice*, *urce* y hoy también *urze*» (Sarmiento 1999: §313). Tras algunos comentarios acerca de la indicación sobre el uso de algunos arbustos para la retención del oro arrastrado por el método *ruina montium*, afirma que «al punto que leí en él [Plinio] la voz *vlex*, hice juicio firme que allí hablaba que el vegetable comunísimo, que en Galicia llaman *vrce* y en castellano *brezo*» (Sarmiento 1999: §311). Más adelante, sobre el mismo asunto, indica: «¿Se podrá pedir más para la evidencia de que el *ulex* o *vlex* de Plinio es el verdadero *urze* de Galicia? [...]. Señalada la raíz del gallego *urze* y el genuino significado de la voz *ulex* de Plinio, no es mi asunto pasar más adelante. Así no me toca averiguar el



origen de *erica*, y menos la etimología de *ulex*. Acaso *ulex* será voz gallega anti-  
quísima, de las impenetrables, pues Plinio la pone como vulgar y de la provincia»  
(Sarmiento 1999: §314 y 318).

La cuestión es que la etimología de Plinio, aceptada por Sarmiento, ha sido  
asumida por todos, desde Corominas y Pascual (1980) hasta el *Diccionario de la  
lengua española*, que en la entrada *urce* indica: «Del lat. *ulex*, -*īcis*». No dudo que,  
desde el campo de la etimología, se pueda partir de un origen común para *ulex* y  
*urce* a través de procesos de sustitución, traslocación y descarte, pero tal cosa se  
hace imposible desde el punto de vista de la botánica. La objeción mayor es que  
no sabemos la planta que recibía el nombre *ulex* entre los romanos, probable-  
mente una leguminosa espinosa, pero es muy poco probable que perteneciese al  
género *Ulex* definido por Linneo, sobre todo porque su presencia en la península  
italiana es de origen alóctono, tal vez a excepción del *Ulex europaeus* en Liguria  
y en pequeñas poblaciones de la República de San Marino (Vagge / Biondi *et al.*  
2004), aunque los romanos podrían conocer estas plantas de las áreas atlánticas  
de su Imperio.

Por otro lado, las especies de ericáceas que estamos considerando poseen flores  
rojizas o violáceas y hojas evidentes —muy pequeñas en el caso de la *Calluna  
vulgaris*—, y no poseen órganos punzantes, mientras que las especies de *Ulex* pre-  
sentan espinas pinchudas, carecen de hojas y tienen flores amarillas. Así, parece  
imposible la identidad, ni siquiera el parecido, de una especie de *Ulex* o de otra  
especie de leguminosa punzante con cualquier especie de las ericáceas, a pesar de  
las deducciones etimológicas. Si salimos del concepto linneano de *Ulex* y acepta-  
mos la interpretación de otra leguminosa punzante, tampoco es posible establecer  
la identidad con un brezo. Sobre este asunto es necesario insistir en que el género  
*Ulex* fue definido y nominado así por Linneo con criterios que desconocemos.

He de insistir en mi falta de base para hacer etimología, pero me parece oportu-  
no apuntar alternativas al origen de los nombres vulgares de las especies de  
*Calluna*, *Daboecia* y *Erica*. Es evidente el gran número de nombres comunes en  
distintos idiomas con las raíces bra-, bre-, bri-, bro- (brou-), bru- (Santano 2019),  
que algunos filólogos relacionan con el hispano-celta *\*vroicos*, el irlandés antiguo  
*fróech*, el gaélico *fraoch* o *fróich*, el galés *grug* y el galo *\*brukus*, *\*bruka* (Rolland  
1908); en latín hispánico dio lugar al sustantivo *brucus* y a su forma adjetivada  
*\*broceus*, que llegó al castellano antiguo como *bruezo* y ha acabado en el español

actual *brezo* y en el gallego y portugués *breixo*, más algunas modificaciones. Los nombres vulgares europeos con esas raíces son centenares.

Otro grupo está formado por los nombres *uz*, *uze*, *uce*, *urce* y *uceira* (este último más con carácter grupal), propios del gallego y de territorios anejos a Galicia, como el occidente asturiano, el Bierzo leonés y el norte de Portugal, donde estas plantas se conocen con los mismos o análogos nombres. Creo procedente analizar el posible origen de estos nombres de los brezos en gallego y portugués, así como los correspondientes de las mismas plantas en inglés que indica para ellas Partridge (1966): *heath* y los emparentados con él, *heth* (inglés medieval), *heath* (inglés antiguo), *heide* (alemán altomedieval), *hede* (alemán medieval), *hathir* (inglés medieval), *heide* (alemán), *heithr* (noruego antiguo), *hait thi* (gótico), *ciad* (irlandés antiguo), *coid* (galés antiguo) y *koit* (galés), o los indicados por Cameron (1883).

Las áreas con unos y otros nombres pertenecen a la Europa atlántica, con climas templados y de lluvias estivales, lo que da lugar a tipos de vegetación semejantes, con flora en buena parte repetida, en la que son frecuentes varias ericáceas comunes. Sin embargo, al respecto, Antón Santamarina (en una comunicación personal) considera bastante improbable tal parentesco. En otra clave, en la que los expertos entran con mil ojos y en la que yo los tengo tapados, aparece una vía de conexión en el alfabeto Ogham, en el que para la letra U (una línea horizontal con tres barras verticales que la cruzan) se da como ejemplo de pronunciación *Úr*, étimo de significado ambiguo (moho, arcilla, suelo) (Rodway 2020) y que se identifica con especies de ericáceas, aunque estas fuentes no alcanzan el rigor de las publicaciones científicas<sup>1</sup>.

En otra dirección, completamente distinta, existe una artificial semejanza fonética entre los nombres vulgares gallegos *urce* / *uce* / *uze* y la voz latina *urcēus*, ‘vaso’, ‘orza’, recipientes con la base y la boca de circunferencia menor que la de la parte *media*. Por otro lado, las flores de estas especies de ericáceas se califican en botánica como urceoladas, por la forma de sus corolas, semejantes a una orza. A mi búsqueda de apoyo responde Antón Santamarina (en una comunicación personal), con base en Corominas / Pascual (1980), quien no cree posible la relación filológica de la voz latina con los nombres gallegos y portugueses de estas plantas.

---

<sup>1</sup> <https://www.omniglot.com/images/writing/ogham.gif>; <https://www.federicacosentino.it/ogham-lalfabeto-arboreo-dei-celti/>

Entre las especies de la familia de las cistáceas el número de voces gallegas es inferior a la treintena, claramente menos numeroso que el de ericáceas, algo lógico, pues son especies de óptimo mediterráneo, clima inexistente en Galicia o apenas insinuado, y algunas de ellas son propias de sustratos calcáreos, raros en ese territorio (tabla 2). En Galicia hay cuatro especies del género *Cistus* (*C. ladanifer*, *C. populifolius*, *C. psilosepalus* y *C. salviifolius*); las especies *C. albidus* y *C. creticus*, que Álvarez cita e indica sus nombres vulgares gallegos, faltan en Galicia (Demoly / Montserrat 2005), aunque se han incluido en la tabla 2 por seguir el mismo modelo que en el caso anterior. El nombre *carpaza*, al que asocio otros nombres con las cuatro primeras letras comunes (*carpaciña*, *carpanza*, *carpanzo*, *carpaza*), es el más frecuente, aplicado indistintamente a las especies *Cistus psilosepalus*, *C. salviifolius*, *C. sp. pl.* y *Halimium lasianthum* subsp. *alyssoides*; seguido de *xara* para *Cistus populifolius*, *C. salviifolius* y especies del género sin determinar. *Halimium lasianthum* subsp. *alyssoides* cuenta con un número alto de nombres vulgares, como otras muchas plantas, pero no en este grupo. De los nombres de esta familia cabe señalar algunos nombres específicos exclusivos del halimio (*airoa*, *garamalo*, *cegaño*, *segaño*), mientras que *chougazo* es propio de *Cistus ladanifer*. Llamen la atención los nombres *carrizo*, para el que no cabe buscar origen lógico o no soy capaz de encontrarlo, y *carqueixa*, a pesar de las grandes diferencias de la *Pterospartum tridentatum* (*carqueixa*) con el halimio, aunque se puede encontrar razón en las flores amarillas de ambas —al menos razón suficiente para los no expertos—.

Sobre estos nombres vulgares repetidos en plantas muy distintas conviene señalar que se trata de un fenómeno relativamente frecuente, para el que es necesario dar una explicación. En muchos casos no es ni será posible saber los procesos mentales de quienes aplicaron el mismo nombre a cosas diferentes. En el caso del cruce de nombres vulgares entre especies de ericáceas y cistáceas a pesar de sus diferencias morfológicas, fácilmente apreciables, se da la circunstancia de que ciertas especies de estos dos grupos forman parte de las mismas comunidades vegetales, de los mismos matorrales, que tienen el mismo aprovechamiento, lo que induce a pensar que tales nombres no son estrictamente de esas plantas, sino de las formaciones en las que conviven (Mosteiro 1933).

| Nombre              | Sp. |   |   |   |   |   |   |   |   |
|---------------------|-----|---|---|---|---|---|---|---|---|
|                     | 1   | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 | 8 | 9 |
| Género              |     |   |   |   |   |   |   |   |   |
| <i>Cistus</i>       |     |   |   |   |   |   |   |   |   |
| carpazo             |     |   |   |   | + | + | + | + |   |
| carrasca            |     |   |   |   | + |   |   | + |   |
| carroucha           |     |   |   |   | + |   |   | + |   |
| cepiña              |     | + |   |   |   |   |   |   |   |
| chougazo            |     |   | + |   |   |   |   | + |   |
| cisto               |     |   |   |   |   |   | + |   |   |
| consolda            |     |   |   |   | + |   |   |   |   |
| estepa              | +   | + | + |   |   |   |   |   |   |
| ezepa               |     | + |   |   |   |   |   |   |   |
| queiroa             |     |   |   |   | + |   | + |   |   |
| quiroga             |     |   |   |   |   |   | + |   |   |
| xara                |     |   |   | + |   | + | + |   |   |
| Género              |     |   |   |   |   |   |   |   |   |
| <i>Halimium</i>     |     |   |   |   |   |   |   |   |   |
| airoa               |     |   |   |   |   |   |   | + |   |
| arcal               |     |   |   |   |   |   |   | + |   |
| carpazote           |     |   |   |   |   |   |   | + |   |
| carqueixa           |     |   |   |   |   |   |   | + | + |
| carrasca            |     |   |   |   |   |   |   | + |   |
| carrizo             |     |   |   |   |   |   |   | + |   |
| cegaño              |     |   |   |   |   |   |   | + |   |
| chapazo             |     |   |   |   |   |   |   | + |   |
| chougazo            |     |   |   |   |   |   |   | + |   |
| garamalo            |     |   |   |   |   |   |   | + |   |
| herba dos bois      |     |   |   |   |   |   |   | + |   |
| jara                |     |   |   |   |   |   |   | + |   |
| planta das poutegas |     |   |   |   |   |   |   | + |   |
| segaño              |     |   |   |   |   |   |   | + |   |

Tabla 2. Nombres vulgares gallegos de las especies de cistáceas (*Cistus* y *Halimium*) presentes en Galicia. Especies. 1: *Cistus albidus*, 2: *C. creticus*, 3: *C. ladanifer*, 4: *C. populifolius*, 5: *C. psilosepalus*, 6: *C. salvifolius*, 7: *Cistus* sin precisar especie, 8: *Halimium lasianthum* subsp. *alyssoides*, 9: *H. umbellatum*. Fuentes taxonómicas: Demoly / Montserrat 2005 (*Cistus*), Nogueira / Muñoz Garmendia *et al.* 2005 (*Halimium*). Fuente de nombres vulgares: Álvarez 2006. El tratamiento de los nombres sigue los criterios de la tabla 1. Se asocian los nombres *carpacina*, *carpanza*, *carpanzo* y *carpazote*.

Respecto al nombre *carpaza* no se puede pedir precisión en la correspondencia con un nombre botánico, pues es el nombre común de varias ericáceas (*Calluna vulgaris*, *Daboecia cantabrica*, *Erica ciliaris*, *E. cinerea*, *E. tetralix* y *E. umbellata*)

(tabla 1); lo es también de diversos arbustos de la familia de las cistáceas (tabla 2) y de otras muchas plantas, en total 34 especies pertenecientes a diferentes familias, entre ellas: *Verbascum pulverulentum* (verbascáceas), *Chamaespartium* (*Pterospartum*) *tridentatum* (leguminosas), *Lithodora prostrata* (boragináceas) y diversas especies de *Rumex* (poligonáceas) (Álvarez 2006). Sorprende el nombre de *carpaza* para *Verbascum pulverulentum*, pues difiere notablemente de las ericáceas y cistáceas, ausente por otro lado entre las diecisiete especies restantes de verbascáceas en el compendio de Álvarez (2006). El nombre con el que se conoce esta especie en gallego es *sabane* o *sabano*.

No es posible seguir los procesos de identificación populares respecto a estas plantas para aplicarles el mismo nombre, o al menos no encuentro razón que pueda establecer un nexo que justifique acabar en un mismo nombre vulgar, pero eso no invalida la nomenclatura aplicada por las gentes del común; es así porque así lo han decidido, o ni siquiera eso, porque así lo practican, sin más. Sobre este asunto, Sarmiento ya es consciente de este cruce de nombres con plantas de las familias cistáceas y ericáceas —más otras familias, como se ha indicado más arriba— y puntualiza que *carpaza* aplicado a las ericáceas es una confusión «con las que producen el *hypo-cisto*», en referencia a la *Cytinus hypocistis* (según su nombre botánico), planta que parasita a las cistáceas en su sistema radicular y brota junto a la planta de la que se nutre; de ahí el significado de su epíteto específico: *hypo-cisto*, ‘debajo de’ ciertas especies de cistáceas, en este caso solo las de flor blanca, en particular de los géneros *Cistus*, *Halimium* y *Helianthemum*. En realidad, no se trata de una confusión; en la nomenclatura popular no hay más leyes que la ausencia de leyes, y la opinión de los que usan un nombre vulgar concreto es inapelable. Con objeto de superar la arbitrariedad de los nombres vulgares, han surgido movimientos para normalizar este tipo de nombres con la elección de uno particular para cada planta (especie), con la pretensión de establecer una nomenclatura de naturaleza pretendidamente científica, sobre todo en el ámbito de la botánica francófona. Esto resulta contradictorio, pues no satisface los requerimientos de la nomenclatura científica, con el agravante añadido de la pérdida de la diversidad e información en el campo de los nombres vulgares.

En Galicia viven también las especies *Halimium ocymoides* y *H. umbellatum* subsp. *umbellatum*, pero no hay registros de nombres vulgares gallegos para estos dos taxones ni en *Flora iberica* ni en la obra de Álvarez (2006).

La relación de nombres vulgares gallegos de Martín Sarmiento (Pensado 1986) incluye unas pocas voces que faltan en el trabajo de Álvarez (2006) o en las monografías de los géneros revisados de ericáceas y cistáceas en *Flora iberica*: *arzal*, *carvén*, *estecha* y *quielhuela*. Otras voces son compartidas con otras plantas: *alcaria*, *arzal*, *hortos* y *ortos* aparecen como nombres populares de *Tuberaria lignosa* (cistáceas); *carbén* se aplica también a *Rumex pulcher*; y formas alteradas de este término se usan para otras especies de los géneros *Rumex* y *Carum* (Álvarez 2006). *Gaucella* es exclusivo de *Calluna vulgaris* y *segaño* de *Halimium lasianthum* subsp. *alyssoides* (Álvarez 2006).

Otras voces gallegas de Sarmiento son las ya indicadas como más repetidas: *queiroga*, *carpaza*, *carrasco*, *carroucha*, *chagazo* (*chougazo*), *torgo*. El término *bugallón* aparece también con reiteración en la lista de Sarmiento, algo que llama la atención, pues los hombres del campo conocen bien esa excrecencia propia de las especies de *Quercus*, para lo que no cabe más explicación que la semejanza con las formas abultadas de los capullos florales de ciertas especies, en este caso aplicada a *Helianthemum lasianthum* subsp. *alyssoides*, si bien en algún caso Sarmiento indica que es el nombre de especies del género *Ranunculus* (n.º 208, 236, 727, 765, 766 y 1223), para las que resulta más razonable. En el caso de *torgo*, especifica el benedictino que es propio de la raíz y, en otros casos, que se aplica a la flor del *urze*. Sobre el término *carpaza* resulta anómala la indicación de que las hay de flores blancas, amarillas y azules (n.º 577); las flores blancas podrían corresponder a alguna especie de *Cistus* y las amarillas a *H. lasianthum* subsp. *alyssoides*, pero no hay ninguna especie de cistáceas con flores azules, lo que lleva a otra planta distinta, a la que no se puede dar nombre. Sobre la *carpaza branca* indica Sarmiento que tiene la «flor colorada», contradicción aparente que se puede resolver si se aplica a la *Calluna vulgaris* (Álvarez 2006), pues esta especie tiene la corola colorada y los sépalos nacarados blanquecinos. La llamada «queiriño, que es el urce de flor grande» hay que interpretar que corresponde a la *Daboecia cantabrica*, única ericácea de las analizadas que destaca por el gran tamaño de sus flores.

## Posibilidades de una traslación de los nombres de Sarmiento a la nomenclatura botánica

Identificar antiguos materiales, dibujos, descripciones o nombres y relacionarlos con una nomenclatura botánica actual es muy complejo y arriesgado (salvo casos concretos), y más aún si se trata de nombres vulgares, debido a los problemas ya mencionados. En el caso de la nomenclatura vulgar se puede llegar a una reunión de especies botánicas con el mismo nombre común, un nuevo concepto bajo el nombre de «especie etimológica» —reunión que forma parte del concepto más amplio denominado *taxonomía cultural* (*folk taxonomy* en inglés)—, entendiendo que el rango «especie» utilizado en este campo no tiene nada que ver con el rango de igual nombre de la taxonomía botánica.

Existen algunos intentos de identificación botánica de nombres vulgares de plantas a partir de descripciones y figuras procedentes de antiguos textos, por ejemplo de las misiones jesuitas en América del Sur (Stampella / Keller 2021), pero los dibujos y descripciones que acompañan a las voces vulgares gallegas de Sarmiento son poco consistentes en general y apenas ayudan a este fin.

No ha recibido la atención que merece la etimología de los nombres vernáculos de las plantas en Galicia, una labor muy interesante, aunque no sencilla, como se deduce de los análisis desarrollados más arriba realizados a título de ejemplo. Tampoco han merecido mucha atención en general, aunque cada vez son más las publicaciones que se centran en este tema, como he resaltado recientemente (Izco 2023). Estos nombres son, en cualquier caso, una fuente de enorme interés por ser base frecuente de la toponimia, siempre refugio de las voces antiguas, así como fuente de información filológica, botánica o ecológica. Hasta ahora, no se ha realizado la transcripción de las voces vulgares de Martín Sarmiento a la nomenclatura botánica científica actual, proceso que, como se ha indicado, presenta serios inconvenientes en el ámbito de los nombres, la polisemia principalmente, y en la botánica, pues no hay la referencia física de la planta y existen dificultades que requieren conocimientos botánicos para su resolución. Eso supone que cada caso exige un análisis detallado no solo de la fitonimia y la taxonomía, sino también de la bibliografía botánica y de la biogeografía para confirmar la existencia de las especies en el territorio de que se trate, Galicia en este caso. Aun con todas las cautelas necesarias, el riesgo de llegar a un destino erróneo es grande, pues falta

el herbario original y se trabaja sobre terreno inestable, con base en apriorismos y pruebas circunstanciales, sin la certeza de la correspondencia de un nombre común con una especie determinada, salvo en los casos de una correspondencia única entre el nombre vulgar y una especie, y aun así será necesaria la pertinente investigación.

Traducir los nombres vernáculos a la nomenclatura linneana actual es una tarea que exige tiempo y la colaboración entre botánicos y filólogos, para llegar a resultados muy poco fiables en su conjunto que deberían confirmarse con nuevos estudios etimológicos de campo, algo que resulta prácticamente imposible en la actualidad por la pérdida de saberes ancestrales debido a los cambios sociológicos (al desligarse la población rural del mundo natural) y a la rotura de la transmisión de conocimientos en la secuencia generacional.

## **AGRADECIMIENTOS**

A Henrique Monteagudo, por facilitarme documentación necesaria para abordar el trabajo sobre las voces vulgares gallegas, y a Antón Santamarina, por sus observaciones etimológicas y posibilidades de interpretación del origen de *uz* y términos asociados.



## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ÁLVAREZ, B. T. (2006): *Nombres vulgares de las plantas en la Península Ibérica e Islas Baleares*. [Tesis doctoral]. Madrid, Facultad de Ciencias, Universidad Autónoma de Madrid. Disponible en: <https://bibdigital.rjb.csic.es/records/item/1526011-nombres-vulgares-de-las-plantas-en-la-peninsula-iberica-e-islas-baleares?offset=1>
- BAYER, E. (1993): «Erica L.», en S. Castroviejo *et al.* (coords.), *Flora iberica*, Madrid, Real Jardín Botánico / Consejo Superior de Investigaciones Científicas, IV, 485-510.
- CAMERON, J. (1883): *Gaelic names of plants (Scottish and Irish): collected and arranged in scientific order, with notes on their etymology, their uses, plant superstitions, etc., among the Celts, with copious Gaelic, English, and scientific names*, Edimburgo, W. Blackwood (<https://doi.org/10.5962/bhl.title.27052>).
- CASTROVIEJO, S. (coord. gen.) (1986-2012): *Flora iberica* [vols. 1-8, 10-15, 17-18, 21]. Madrid, Real Jardín Botánico / Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- COLMEIRO Y PENIDO, M. (1885-1889): *Enumeración y revisión de las plantas de la Península Hispano-lusitana é Islas Baleares, con la distribución geográfica de las especies, y sus nombres vulgares, tanto nacionales como provinciales*, I-V, Madrid, Imprenta de la Viuda e Hija de Fuenténbro.
- COROMINAS, J. / J. A. PASCUAL (1980): *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, vol. VI, Madrid, Editorial Gredos.
- DEMOLY, J.-P. / P. MONTSERRAT (2005): «Cistus», en S. Castroviejo *et al.* (coords.), *Flora iberica*, Madrid, Real Jardín Botánico / Consejo Superior de Investigaciones Científicas, III, 319-337.
- GÓMEZ, D. (1993): «Daboecia D. Don [nom. cons.]», en S. Castroviejo *et al.* (coords.), *Flora iberica*, Madrid, Real Jardín Botánico / Consejo Superior de Investigaciones Científicas, IV, 514.
- HARSHBERGER, J. W. (1896): «The purpose of ethnobotany», *Botanical Gazette*, 21:3, 146-154.
- IZCO, J. (1995): «Martín Sarmiento: el proyecto de Flora gallega», en *O Padre Sarmiento e o seu tempo. Actas do Congreso Internacional do Tricentenario de Fr. Martín Sarmiento (1695-1995)*, Santiago de Compostela, Consello da Cultura Galega / Universidade de Santiago de Compostela, t. II, 365-377.
- IZCO, J. (2007): «Nomenclatura de plantas y de comunidades vegetales», en J. Izco (coord.), *Botánica*, Madrid, Edit. McGraw Hill-Interamericana, 33-58.
- IZCO, J. (2023): *Los nombres de las plantas*, Cuenca (Ecuador), Casa Editora Universidad de Azuay.
- MATHIEU, D. / M. DURÉCU *et al.* (2015): «Guide de nomenclature des noms normalisés en français pour les plantes Trachéophytes de France métropolitaine», *Le Journal de Botanique de la Société de Botanique de France*, 70, 1-5. Disponible en: [https://www.tela-botanica.org/actu/IMG/Guide\\_NFN.pdf](https://www.tela-botanica.org/actu/IMG/Guide_NFN.pdf)
- MERINO, B. (1905-1909): *Flora descriptiva e ilustrada de Galicia*, I-III, Santiago de Compostela, Tipografía Galaica.
- MORALES, R. (1992): *Archivos de Flora Iberica 4. Nombres vulgares, I*, Madrid, Real Jardín Botánico / Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- MORALES, R. / E. DORDA / A. GARCÍA-VILLARACO / M. J. MACÍA (1996): *Archivos de Flora Iberica 7. Nombres vulgares, II*, Madrid, Real Jardín Botánico / Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- MOSTEIRO, S. (1933): *Vocabulario castellano-gallego de las Irmandades da Fala*, 1ª ed., A Coruña, Imprenta Moret.

- NOGUEIRA, I. / F. MUÑOZ GARMENDIA *et al.* (2005): «Halimium (Dunal) Spach», en S. Castroviejo *et al.* (coords.), *Flora iberica*, Madrid, Real Jardín Botánico / Consejo Superior de Investigaciones Científicas, III, 337-351.
- PARTRIDGE, E. (1966): *The origins. A short etymological dictionary of the modern English*, Oxon, Routledge.
- PENSADO, J. L. (1986): *Catálogo de voces vulgares y en especial de voces gallegas de diferentes vegetales*, Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca.
- PENSADO, J. L. (1995): *Fray Martín Sarmiento, testigo de su siglo. Discurso pronunciado en la solemne apertura del Curso Académico 1972-1973, de la Universidad de Salamanca*, Santiago de Compostela, Xunta de Galicia.
- PLOS, A. (2014): «Baccharis», en Susana Freire (ed.), *Flora vascular de la República Argentina*, vol. 7, t. I, Buenos Aires, Estudio Sigma S.R.L. Disponible en: [https://www.researchgate.net/publication/263765073\\_Flora\\_Argentina\\_Baccharis](https://www.researchgate.net/publication/263765073_Flora_Argentina_Baccharis)
- RODWAY, S. (2020): «The Ogham inscriptions of Scotland and Brittonic Pictis», *Journal of Celtic Linguistics*, 21:1, 173-234 (<http://doi.org/10.16922/jcl.21.6>).
- ROLLAND, E. (1908): *Flore populaire ou histoire naturelle des plantes dans leur rapports avec la linguistique et le folklore*, Chartres, Imprimerie Ed. Garnier. Disponible en: [https://archive.org/details/florepopulaireou07roll\\_0/page/n7/mode/2up](https://archive.org/details/florepopulaireou07roll_0/page/n7/mode/2up)
- SANTANO, J. (2019): «La familia del español broza y brezo y sus congéneres romances», *Nouvelle Revue d'Onomastique*, 61, 203-239.
- SANTOS, J. (2002): «Una Bio-Bibliografía actualizada de Martín Sarmiento: *Catálogo de los pliegos (...) sobre diferentes asuntos*», *Sarmiento. Anuario Galego de Historia da Educación*, 6, 69-95.
- SARMIENTO, M. (1786): *Disertacion sobre las virtudes maravillosas y uso de la planta llamada carqueixa... / escribió la R.<sup>ma</sup> P.M. Fr. Martín Sarmiento*, Madrid, Imprenta de Hilario Santos. Disponible en: <http://biblioteca.galiciana.gal/es/consulta/registro.do?id=6418>
- SARMIENTO, Martín (1999): *Onomástico etimológico de la lengua gallega*, 2 vols. [Edición e estudo por J. L. Pensado]. A Coruña, Fundación Pedro Barrié de la Maza.
- STAMPELLA, P. C. / H. A. KELLER (2021): «Identificación taxonómica de las plantas de la “Materia Médica Misionera” de Pedro de Montenegro (SJ)», *Boletín de la Sociedad Argentina de Botánica*, 56:1, 55-91. Disponible en: <https://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/119065>
- TALAVERA, S. (1999): «Pterospartum», en Talavera *et al.* (coords.), *Flora iberica*, Madrid, Real Jardín Botánico / Consejo Superior de Investigaciones Científicas, VII:1, 133-137.
- TURLAND N. J. / J. H. WIERSEMA *et al.* (coords.) (2018): *International Code of Botanical Nomenclature*, Berlín, Koeltz Botanical Books.
- VAGGE, I. / E. BIONDI *et al.* (2004): «A pytosociological analysis of the formations of *Ulex europaeus* L. of the North-Western Apennines (Italy)», *Fitosociologia*, 41:1, 179-185.
- VILLAR, L. (1993): «Calluna Salisb.», en S. Castroviejo *et al.* (coords.), *Flora iberica*, Madrid, Real Jardín Botánico de Madrid / Consejo Superior de Investigaciones Científicas, IV, 506.